

La evolución de los partidos socialistas meridionales y el planteamiento, todavía obligatoriamente contradictorio, de una nueva estrategia por parte de determinados partidos comunistas —explicitadoras ambas de una renovada misión superadora del modo de producción capitalista—, colocan hoy a la izquierda en la obligación de cuestionarse el porqué y el adónde de este proceso.

En nuestra área cultural y en las formaciones sociales de capitalismo tardío, las fronteras entre socialismo y comunismo parecen verse progresivamente debilitadas por la acción de dos procesos paralelos, aunque de distinto signo, y que, sin embargo, poseen el denominador común de la reconversión del proyecto socialista dentro de unas estructuras sociales muy distintas a las que presenciaron la constitución de la alternativa entre la II y la III Internacional: de una parte, el fracaso de la socialdemocracia europea en su eventual potencialidad de transformar el modo de producción capitalista; de otra, la crisis, no menos profunda, del leninismo como estrategia de obtención y consolidación de un poder socialista.

Entre 1914 y los primeros años veinte se hace explícito, como es sabido, el conflicto latente en el seno de las entonces organizaciones socialistas clásicas. Van a ser los años de conformación de los partidos comunistas sobre las bases de antiguas contradicciones y de las nuevas circunstancias: la claudicación de la socialdemocracia ante los nacionalismos y la primera guerra mundial imperialista, las diferentes posiciones ante lo que se presentaba como la primera experiencia de construcción de una sociedad socialista, y el debate que confluía en la organización de un nuevo internacionalismo que giraba en torno a "las veintiuna condiciones" sintetizadoras del leninismo como peculiar desarrollo teórico-práctico del pensamiento marxista. Estos factores conformaron durante los años siguientes toda la práctica del movimiento obrero europeo. Una práctica que, iniciada con el esbozo de la revolución paneuropea que Lenin señalara como condición del éxito del inestable régimen soviético, conducirá entre errores y sectarismos a la derrota de la clase obrera y al hundimiento del Estado burgués de Derecho frente al irracionalismo fascista. Jalones de esta derrota serían no sólo la pasividad y las ambivalencias de la socialdemocracia (esa mezcla de radicalismo verbal e impotencia práctica que señalara A. Rosemberg), sino también la inflexión stalinista en la URSS, que hizo de la



En la reciente jornada nacional de acción, en Francia, sindicalistas, comunistas y socialistas marcharon juntos.

La otra unidad del socialismo

JAVIER JIMENEZ ■ ADOLFO SEQUEIRA

tesis del "frente único" (*) un instrumento más de división frente al peligro fascista que de auténtico aglutinante de las fuerzas progresistas. No cabe duda en este sentido de que la temática del "social-fascismo", al distraer gran parte de la iniciativa obrera en el fomento de divisiones internas, facilitó a los partidos fascistas la eliminación de un enemigo ya debilitado. La tesis del Frente Popular sería entonces para alemanes e italianos una rectificación tardía. La derrota de los fascismos alemán e italiano en 1945 y la subsiguiente bipartición de Europa en áreas de influencia soviética y americana, aportaría nuevos elementos de disensión, diluyendo así, a efectos políticos, la solidaridad surgida en los días de la resistencia. Hay que anotar, a partir de estos años, la aceptación por parte de las organizaciones socialdemócratas de la ideología anticomunista de la "guerra fría", junto a su incondicional y acrítico sostenimiento del modelo democrático occidental, así como la asimilación incuestionada de los valores dominantes en torno a la pretendida nivelación social en el marco del eufemísticamente llamado "neocapitalismo".

Acompaña a estas posiciones y en parte las fundamenta ideológi-

camente, el abandono de la comprensión del Estado como ámbito de ajuste de poder entre las distintas fracciones dominantes. Con una mediana perspectiva temporal, puede afirmarse que todas estas actitudes condicionan y evidencian la efectiva eliminación de gran parte del socialismo nórdico y centro-europeo como factores activadores del cambio social en profundidad. Pero otros efectos no pueden dejar de tenerse en cuenta: un cierto desentumecimiento de esas mismas organizaciones que se hace visible, inicialmente a través de escisiones (sería el caso del PSU francés y del PSUP italiano en 1960 y 1964 respectivamente), y que quizá podría ejemplificarse hoy con el proceso del Partido Socialista Francés en el intento de renovación de los planteamientos de la Internacional socialista.

Si a través de estos hechos se comprobaron síntomas de vitalidad en un sector de la II Internacional, otro tanto cabría decir de los fenómenos que acompañaron al en su día llamado "deshielo" en los países del Este, y a su cristalización coyuntural en el XX Congreso del PCUS (año 1956). La crítica del "culto a la personalidad" fue en Europa el catalizador de una serie de toma de posiciones, por parte de diversos partidos comunistas, expresivas, por entonces, de una relativa autonomía con respecto a la hegemonía soviética, así como de un progresivo desapego de su modelo de "socialismo" que comienza a

repudiarse por sus degeneraciones burocráticas y su incapacidad para dar soluciones a gran número de problemas, retomando así, en parte, el debate sostenido por los trotskistas en los años anteriores.

La exigencia de unidad de los movimientos socialistas (en su más amplio sentido) no está ajena a la hora de calibrar el efecto de las mutaciones y de los desplazamientos señalados. Es desde estos últimos desde donde cabe apreciar como simple expectativa, como tendencia, un eventual horizonte organizativo común entre socialistas y comunistas. Una unificación que, caso de producirse y frente a simplificaciones usuales, no supondría la asimilación de los segundos a las clásicas prácticas de la socialdemocracia; el punto de convergencia se situaría sobre las condiciones de acceso al socialismo en el capitalismo monopolista de nuestros días.

¿Qué hay en el origen de estas consideraciones que legitime un viraje táctico y estratégico como el que asistimos? No sólo la constatación del imposible acceso al poder mediante una vía distinta a la de la progresiva expansión del proyecto socialista por la voluntad mayoritaria, sino también la conciencia de las profundas variaciones experimentadas en las últimas décadas en las estructuras del capitalismo tardío. La debilitación de la hegemonía exclusiva de la clase obrera en el enfrentamiento con el sistema, la emergencia de nuevas capas pequeño-burguesas para las que la conciencia de su sometimiento a los procesos alienantes ("de participación dependiente" en la terminología de Touraine) puede adquirir más relevancia que la de la mera explotación económica, la protesta protagonizada por los sectores que experimentan una represión reforzada (movimientos feministas, de liberación sexual, etcétera) o que la constatan con más virulencia (estudiantes), son algunos de los rasgos que condicionan una nueva óptica en la interpretación de los conflictos sociales. Junto a estas experiencias, recobra una vigencia que nunca debió perder el debate sobre las libertades y la participación; verificar su precaria existencia en "los socialismos" del Este y en las cada vez más autoritarias "democracias occidentales" se convierte en un estímulo para ello.

La democracia y el socialismo son, dentro del necesario pluralismo de opciones políticas, una ancha plataforma de coincidencias. De que se sepan vertebrar en ella las organizaciones que se pretenden representativas de las clases trabajadoras, depende en gran parte su no marginación en la utopía. La tensión hacia la unidad es no sólo el producto de un análisis cada vez más fiel de nuestras condiciones sociales, sino también de la firme voluntad de transformarlas. ■

(*) Como es sabido, hasta el lanzamiento del Frente Popular, la tesis dominante en la III Internacional fue la de una casi identificación entre las organizaciones socialdemócratas y los movimientos fascistas.